

Polonia: ¿fin de la esperanza?

Ante la situación creada en Polonia por el golpe militar del general Wojciech Jaruzelski del pasado 13 de diciembre, no cabe otra postura más que la del repudio y la condena. El hecho de que un ejército se transforme en fuerza de ocupación de su propio país, volviendo sus armas contra sus conciudadanos, asumiendo las funciones que corresponderían a la sociedad civil e imponiendo una ley marcial que atenta contra los derechos civiles y políticos de los ciudadanos, debe ser enérgicamente condenado, tanto cuando se da en un país socialista, como cuando sucede en el Chile de Allende, o en la Argentina o en El Salvador. No regatearemos para lo sucedido en Polonia el repudio que siempre hemos mostrado frente a cualquier intento golpista que viole las leyes de la convivencia humana y las libertades fundamentales de las personas.

Pero no queremos de ninguna manera que esta nuestra condena se sume a tantas y tantas condenas que, por interesadas y parciales, se autodescalifican. Sólo quienes han denunciado las colusiones contra los derechos de organización de los obreros en nuestro país y en el mundo capitalista, tienen ahora derecho a escandalizarse de la represión del Ejército de Jaruzelski contra Solidaridad; sólo quienes han sentido en carne propia las infinitamente más graves heridas del pueblo salvadoreño, tienen ahora el derecho a dolerse de las heridas del pueblo polaco.

UNA SITUACION CONFUSA

Ante la triste situación de la Polonia de hoy, lo primero que habría que afirmar, al lado de la condena por la actuación del Ejército, es que el futuro aparece bien incierto. Las informaciones hasta el momento recibidas, no permiten un juicio claro ni sobre la misma situación actual, ni, mucho menos, sobre el futuro. De un lado, los autores del golpe militar, han restringido las posibilidades de conocer y transmitir con objetividad los datos más significativos de lo que allí viene sucediendo. De otro, la red mundial de comunicación, dominada por las grandes transnacionales de noticias y por los intereses capitalistas, han sembrado más confusión aún, magnificando hasta lo indecible los rasgos negativos y restando importancia a los resquicios de luz que todavía alumbran el panorama.

La desinformación que padecemos nos obliga a ser extremadamente cautos en nuestros análisis. Las conclusiones tienen a la fuerza, que ser provisionales. Pero esa misma confusión nos obliga a intentar un análisis que nos permita ver a través de la maraña de desinformación que nos envuelve.

¿QUE SIGNIFICA EL GOLPE MILITAR?

Los más serios comentaristas internacionales se muestran muy cautos al presentar sus hipótesis de interpretación sobre los principales actores y, sobre todo, sobre las consecuencias del drama polaco. ¿Hasta qué punto está el Kremlin detrás de la actuación de Jaruzelski? No cabe la menor duda de que sin una aprobación moscovita el general polaco no podría haber hecho lo que ha hecho, especialmente por cuanto ha destituido y en algunos casos apresado a prominentes figuras del partido comunista. Pero tampoco le cabe respecto a que el pueblo polaco todavía ve en el ejército a un ejército nacional y que no pocos de ellos consideran su actuación actual, con toda su dureza, como una hábil maniobra para evitar una invasión de las tropas del pacto de Varsovia. Lo que es indudable es que si Moscú está detrás de todo, sea por consideraciones a la situación internacional, sea por otras razones, ha actuado en este caso con medidas mucho menos stalinistas que las empleadas anteriormente en Checoslovaquia y Hungría, a pesar de que la "disidencia" era mucho más profunda y extendida en Polonia que en las "primaveras" de esos países. Incluso las revistas de gran circulación de los Estados Unidos y de otros países capitalistas, señalan esta diferencia y dudan que las medidas del gobierno militar polaco se ajustan a los deseos del Kremlin.

Esta situación, inédita en el ámbito socialista, permite descalificar como ingenua e interesada, la postura de los "profetas del desastre" que se han apresurado a calificar lo sucedido en Polonia como el fin total de una esperanza, como la demostración irrefutable de que es imposible un socialismo de rostro humano.

Aparece claro que Jaruzelski ha señalado con determinación unos límites al movimiento social que últimamente representaba sobre todo Solidaridad: los que en Polonia buscan un socialismo a la polaca, no pueden cuestionar la hegemonía del Ejército y del Partido en el poder político de esa nación. Pero no está claro dónde quedan los límites para que otras fuerzas sociales y movimientos de opinión pública puedan seguir actuando. Hasta hay serios indicios, también reconocidos por la prensa occidental, de que no se trata de aplastarlas ni destruirlas y que en un futuro no muy lejano, volverán a escucharse las voces de quienes en un país vecino a la Unión Soviética tratan de reconstruir el tejido social, de mantener la opinión pública y de alcanzar algún grado de representatividad en los estamentos decisivos de la vida social, económica y cultural.

UNA LARGA HISTORIA DE CRISIS

La historia de la crisis actual, que tan abundantemente ha aparecido en los espacios de la prensa durante el último año, es una historia larga. La disidencia intelectual, las protestas obreras, las posturas, decisivas muchas veces, de una Iglesia alma de la nacionalidad polaca, la vienen manteniendo y alimentando desde los sucesos de 1956, de 1970, de 1976. Mucho antes de la aparición de Solidaridad. Una serie de fuerzas organizadas —incluso en partidos políticos—, de

movimientos de opinión, de elementos de la Iglesia, experimentan y manifiestan que no se sienten representados en los órganos de poder decisorio copados por el POUP, que no tiene mucho más de un millón de afiliados.

Esta crisis fue agudizada hasta el extremo por el fracaso del modelo de desarrollo impuesto por los representantes del poder. El impulso dado a la industria pesada a expensas de la agricultura y de la mediana industria, el recurso continuo a fuentes externas de financiamiento, produjo en Polonia efectos similares a los que políticas semejantes causaron en países del área capitalista como Brasil y México. El "milagro económico" tenía los pies de barro, porque abrumaba al trabajador y desabastecía al país de artículos de primera necesidad. El burocratismo y la ineptitud del equipo responsable de la economía, fue incapaz de redimensionar la economía para hacerla a la medida del hombre y endeudó de tal manera al país que hoy está en la bancarrota. Sus 24.000 millones de dólares de deuda externa, representan más de la cuarta parte de la deuda que los países socialistas tienen con los del área capitalista.

En esta situación es el obrero el que asume y hereda toda la protesta acumulada y alimentada por otros estamentos sociales. Solidaridad, en poco más de un año, logra sumar casi 10 millones de militantes, algo más de la mitad de la fuerza laboral del país. Más todavía: logra que el pueblo, los intelectuales y la Iglesia colaboren en su lucha. Muchos militantes del POUP, incluso dirigentes, se afiliaron a la central obrera. Es que Solidaridad logra encarnar en sus ideales los de todo ese pueblo que no se siente representado por una burocracia que ha sumido al país en el caos económico y que todavía intenta controlar todas las expresiones sociales y políticas.

Se inicia entonces una marcha hacia un reacomodo de fuerzas sociales. La Iglesia intentará conquistar la representatividad pública que le corresponde en un país de tanta tradición católica. Los obreros buscan controlar el proceso productivo para acomodarlo a sus necesidades básicas. Surgen voces que reclaman autonomías regionales. El mundo de la cultura se empeña por una expresión libre y creativa. Hasta los partidarios de un cambio de régimen, aprovechan la movilización social liderada por Solidaridad que ha venido sacudiendo a Polonia desde Agosto de 1980. Del otro lado, el POUP, Partido Comunista polaco, y el ejército, tratan de mantener una situación de inmovilidad o, al menos, de mantener su hegemonía. Es una lucha política. Una lucha en la que ambos bandos van sentando pautas de mantener la confrontación en ese terreno.

Pero aún allí, es un terreno movedizo. Los factores geopolíticos, la importancia de Polonia dentro del bloque soviético, su vecindad a la URSS, su posición sobre el Báltico, la potencialidad estratégica de su carbón, de su azufre y su gas natural, hacen que lo que allí sucede sea seguido demasiado de cerca por las grandes potencias y por las naciones de ambos bloques que comercian con ese país. Ya en enero del 81 señalábamos que en Polonia "los sucesos de este verano no habrían sido posibles sin la distensión Este-Oeste... todo atentado contra ella, venga de donde venga, hipoteca el futuro de tan vulnerable renovación" (Ver SIC n. 431, p. 24). La política de guerra fría instaurada por Reagan y su equipo, no podía sino endurecer las posturas de los gobernantes de Rusia y Polonia.

Por otra parte, Solidaridad, por su mismo modo de ser, tan popular y democrático, y porque poco a poco fue asumiendo posturas que rebasaban el marco meramente sindical, no fue ni actuó como un bloque monolítico. El hecho de que el llamado "líder indiscutible", Lech Walesa, no fuera nombrado como presidente del sindicato más que con el 55 por ciento de los votos, señala claramente que el movimiento social encarnado en Solidaridad representaba tendencias diversas, que más de una vez se manifestaron incontrolables.

Así las cosas, hay que afirmar que a Solidaridad o, al menos, a ciertos grupos de Solidaridad, se les fue la mano. Al reclamar, por ejemplo, condiciones semejantes a las que ellos habían logrado para su sindicato para los de los demás países socialistas, al exigir en algunos casos reivindicaciones exageradas, llevaron a sus límites la capacidad negociadora del gobierno y del Partido Comunista polacos. La misma Iglesia lo entendió así, cuando sin restarle su apoyo, le llamó repetidas veces a la moderación.

¿Y EL FUTURO?

La estricta militarización del país, la represión generalizada, el control total establecido por el Ejército, auguran un año difícil y duro para las esperanzas de libertad, nunca muertas, del pueblo polaco.

Pero en medio de las tinieblas reinantes, asoman, tímidos pero notables, algunos rayos de luz. Las propias medidas tomadas por el gobierno militar dejan intacto ese espacio de libertad que es la Iglesia y hasta le prestan su voz para difundir unos mensajes que si bien llaman a la moderación en la resistencia, condenan con fuerte acento las injusticias del régimen recién instaurado. Esa Iglesia no abandona a los obreros en su lucha: con valentía evangélica, dejando de lado cierta "prudencia" se declara a su lado y apoya sus derechos.

El dramático llamado de Juan Pablo II a "no derramar más sangre polaca" exige tanto la moderación de la represión como la prudencia en la resistencia de los disidentes.

El gobierno militar, por su parte, ha dado ya algunas medidas que tienden a disminuir la tensión total de los primeros momentos. Aunque poniendo condiciones fuertes, mantiene una voluntad de diálogo con Walesa y ha anunciado su decisión de mantener las leyes que permitieron la legalización de Solidaridad.

Rusia, por su parte, parece entender el costo político que tendría a estas alturas una intervención más directa, lo que da esperanza de que el nunca desmentido nacionalismo de todos los polacos, acabe imponiéndose y se reanude la marcha política antes iniciada.

Más que ninguna otra, la actuación de los Estados Unidos de Reagan, podría apagar estas luces. Pero ya las naciones de Europa, que tienen demasiado presente el horror de una guerra en su propio territorio y que tienen fuertes intereses económicos con Polonia, han manifestado su decisión de dejar solo a Reagan en sus intentos de capitalizar a su favor la situación.

SIC, una vez más se coloca al lado de las esperanzas y de las luchas del noble pueblo de Polonia.